

Kate Grenville

La vida de
Sarah Thornhill

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

alevosía 

*Esta novela está dedicada a la memoria de Sophia Wiseman
y Maryanne Wiseman, y a su madre, «Rugig».*

«No puede deducirse del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos que carece de forma objetiva o que tiene objetivamente infinitas formas.»

E. H. CARR

Primera parte

El Hawkesbury era un río hermoso, ancho y tranquilo, de aguas verdes rizadas, acantilados dorados bajo el sol y pájaros blancos que dormían en los árboles como un montón de ropa tendida. Era un momento agradable de una mañana en calma, con el murmullo de las casuarinas y la tierra de pie bocabajo en el agua.

Nos llamaban la colonia de Nueva Gales del Sur, algo que nunca me ha gustado. No éramos nada nuevo. Éramos nosotros mismos.

El Hawkesbury era adonde iban a parar los deportados. En cuanto conseguían su libertad, aquí era adonde se dirigían. A ochenta kilómetros de distancia de Sídney y sin un solo juez o policía a la vista. Un hombre podía hacerse con un trocito de tierra, construirse una cabaña y no mirar nunca atrás.

Eso se oía mucho: no miré nunca atrás.

Eso hacía de este lugar un sitio sin abuelas ni abuelos. Sin tías ni tíos. Sin pasado.

Padre empezó como barquero en el Támesis. Después, lo deportaron por algo que nunca he llegado a saber. «Mil ochocientos seis, Transporte *Alexander*.» Yo era una niña bastante pesada pero eso era todo lo que él decía, sentado en su sillón sonriendo a nada en particular mientras alisaba el terciopelo del brazo.

Punta Thornhill era un lugar a lo grande. Ciento veinte hectáreas de buenas tierras en la ribera; había que remontar todo el río hasta Windsor antes de ver una casa tan grandiosa como la nuestra. Padre había empezado en el *Esperanza*, transportando el cereal y la carne de otros hombres río abajo hasta Sídney. Eso lo

había dejado y ahora tenía su propio maíz y trigo, ganado y cerdos, y dejaba que otros hombres lo llevaran.

Pero en el fondo de su alma seguía siendo un barquero. Siempre había un par de esquifes amarrados en el embarcadero, y cuando construyeron la nueva carretera hacia el norte, él vio la oportunidad y puso en marcha una chalana. Un chelín por cabeza, media corona por un hombre a caballo y seis peniques por cada cabeza de ganado. Allí donde había gente siempre hacía falta una taberna, así que construyó el Ferryman's Arms y puso a George Wheeler de encargado.

Jamás vi a padre levantar un hacha o cargar un leño, y ahora tenía a otros hombres para remar. Había trabajado ya como para toda la vida de cualquier hombre, decía. Por la mañana, desayunaba, encendía su pipa y salía donde los hombres le esperaban con azadas y palas. Jemmy Katter, Bob Dodd, Dickie Parson y tres o cuatro más. Asignados por el gobierno, cumpliendo condena como había hecho él. La mayoría de ellos eran deportados de Londres y no habían visto una pala en su vida.

Los ponía a cortar entre las hileras de maíz y a limpiar las porquerizas. Llenaba la pipa y les gritaba cuando pensaba que no lo estaban haciendo bien.

Tenían que llamarle «señor». Unos latigazos como se olvidaran.

Cuando habías triunfado, como padre, nadie hablaba de «deportado» o «uniforme de presidiario». Él era ahora lo que se llamaba un «viejo colono». Aun así, había mucha gente que se negaba a poner los pies bajo la misma mesa que un emancipista o a invitarle a su casa. Para algunas personas, «deportado» significaba manchado para siempre. Tú, tus hijos y los hijos de tus hijos. Pero para otra gente, el dinero conseguía limar las afiladas formas del pasado. Lo vestían con palabras diferentes.

Ahora padre era el señor Thornhill de Punta Thornhill, pero tenía unas costumbres que le venían de antes. Por las tardes cogía un cacho de pan y salía al mirador. Se sentaba en un banco duro junto a la ventana —no quería un cojín— con el pan y un vaso de ron con agua a su lado, en el alféizar. Se llevaba el catalejo al

ojo y miraba río abajo por donde se podían ver los barcos que venían de Sidney y que doblaban por el último meandro hasta el recodo de Thornhill. Subían veloces si tenían la corriente a favor o sacaban los remos si la marea bajaba y los arrastraba hacia el mar. Otras veces, lo giraba hacia el otro lado, hacia la zona cubierta de juncos donde se abría el primer afluente entre las colinas. Pero sobre todo miraba a la otra orilla del río, hacia el frente boscoso en lo alto de los acantilados. Allí arriba no había nada, solo rocas, árboles y cielo, pero él se quedaba horas y horas observando con el cuero del catalejo desgastado hasta el latón donde su mano lo aferraba.

Yo nací en el año de 1816, con el nombre de Sarah Thornhill, por mi madre. Su nombre era Sarah, pero siempre la llamaban Sal. Yo era la pequeña de la familia y por eso me llamaban Dolly*.

Nunca me ha gustado Dolly. No quería ser una muñeca.

Justo por encima de mí estaba Mary, casi tres años mayor que yo, y que nunca deja que eso me se olvide. Tenía el lado de la cama cerca de la chimenea. Se abría paso a empujones cuando subíamos arriba. Ya saben, pequeñas tonterías, pero que son importantes cuando se es niño.

También tenía tres hermanos varones, todos ellos más mayores.

Johnny le llevaba dos años a Mary. Siempre andaba tramando algo. Una vez consiguió un montón de limones y se fabricó un cacharro para sacarles el zumo. Pidió un poco de azúcar a madre y montó un tenderete junto a la chalana y se sacó un par de che-lines.

Bub** también le llevaba dos años a Johnny. Incluso de niño, Bub parecía un viejo, sobrio y lento. Nunca iba a ninguna parte sin una azada, y en cuanto veía un cardo, allá que se paraba y lo desenterraba. Fue él quien le consiguió los limones a Johnny. También fue él quien se llevó la paliza por ello.

El mayor de todos nosotros era Will. Tenía quince años cuando nací y ya estaba trabajando en los barcos como un hombre. Will

* Doll significa 'muñeca' en inglés. (Todas las notas son de la traductora.)

** Apelativo para designar familiarmente a un niño pequeño.

pasaba más tiempo fuera de casa que dentro. Recorría la costa arriba y abajo cargando cedro. Cruzaba hasta Nueva Zelanda a por las focas. Estaba tanto tiempo fuera, durante medio año o más, que yo pensaba a veces que no iba a volver.

Capitán Thornhill, le llamaban, aunque en realidad no era más que Will Thornhill, que había empezado desde abajo y se había abierto camino a fuerza de tesón. Nunca aprendió las letras, ni mucho menos. No sabía leer. Ninguno de nosotros sabía.

Padre no tenía tiempo para aprender. Sabía firmar con su nombre, pero a menudo decía que unas pocas hectáreas y un rebaño de ovejas eran mucho mejor regalo para sus hijos que cualquier otra cosa que se pudiera sacar de un libro. Cuando necesitaba algo en papel, iba a buscar al viejo Loveday en Beckett's Reach para que se lo escribiera. Loveday había conseguido su libertad, podía haberle ido bien en la vida, pero se lo bebía todo en su miserable choza llena de goteras. ¿Lo ves?, decía padre. El viejo Loveday no está manchado, pero tú dime, ¿preferirías tener su vida o la mía?

Nunca se hablaba de ello, pero madre no era nuestra verdadera madre.

Yo tenía unos pocos recuerdos, imágenes pequeñas y precisas, de otra madre. Will en el umbral de la cocina y yo sentada en el borde de la mesa atareada desvainando guisantes mientras esta otra madre abría como por arte de magia con la uña del dedo pulgar las vainas por su columna vertebral, una por una, y dejaba caer los guisantes en el cuenco de rayas azules con una desportilladura gris en el lado. Se quedaba sentada dando continuas caladas a su pipa, abriendo los guisantes sin tener necesidad de mirar. Esta imagen era tan vívida que hasta tenía su olor, una mezcla de tabaco y guisantes. Se sacaba la pipa de la boca y se ponía a cantar, con voz poco melodiosa y vacilante. «Naranjas y limones, dicen las campanas de Saint Clement's», cantaba. «Me debes cinco farthings*, dicen las campanas de Saint Martin's.»

Will, cogiéndome con las manos por debajo de los sobacos y aupándome en el aire; la parte interior de las tejas dando vueltas a

* *Farthing*: antigua moneda inglesa equivalente a un cuarto de penique.

mi alrededor; yo apretando la vaina en la mano mientras la cocina giraba arriba y abajo, de un lado a otro, hasta que volvía a estar sentada en la mesa con la boca abierta, llorando o riéndome, vaya usted a saber, y Will repiqueteaba la estufa, gritando y bromeando, con la cabeza muy alta cerca de las vigas y mi madre con todos los guisantes derramados en su regazo en el delantal, sin que le importase una higa.

Después, me llevaron a una habitación oscura, afuera era verano, pero todas las cortinas estaban corridas y los postigos cerrados. Alguien me llevó de la mano para que me inclinara sobre la cama alta donde yacía mi madre, pero yo estaba asustada y cohibida. Ella sudaba, el pelo le caía en mechones pegajosos y tenía las mejillas hundidas; su mano, sobre la sábana, era huesuda y parecía de cera.

No sé quién había conmigo, pero podía sentir su mano en mi espalda, empujándome; querían que diera un beso a esa cara amarillenta en la almohada. Movié los ojos hacia un lado para mirarme, sonreía, pero tenía los labios muy blancos y secos, y su rostro no era más que una piel arrugada cayendo sobre los huesos. Di un paso atrás, ¡cómo podía dar un beso a semejante cosa! Su mano avanzó hacia mí por encima de la sábana y me tocó en el hombro, en la cabeza y otra vez en el hombro; después la mano se desplomó y me dejaron marchar.

Como un sueño, esa primera madre se esfumó y hubo otra persona en su lugar a la que llamábamos madre.

Padre no contaba nada, pero madre tenía historias por los dos. Daba vueltas a los sitios, los nombres y las fechas como si fueran monedas en su mano y volvía a contarlas una y otra vez por puro placer. Su padre estaba en el negocio del azúcar y ella se crio en una casa en Brixton-Hill, «en la ribera norte, que es el margen superior». Un marido que había sido algo en el ejército, ella se llamaba Margaret Grant. «Vino libre» a Nueva Gales del Sur con él. Después él se murió.

Yo vine río arriba a ayudar a tu padre, decía. Tu madre estaba demasiado enferma para cuidar de una casa llena de niños. Después, con el tiempo, nos casamos.

A mí me encantaba porque quedaba muy bonito tal y como ella lo contaba, el pasado y el ahora unidos limpiamente.

Madre caminaba siempre muy deprisa, inclinándose hacia delante desde la cintura como una gallina apresurada. Siempre estaba arreglando las cosas. Nunca se olvidaba de la mancha que llevaba padre. Pero tal y como ella lo veía, esconderla era cosa de la mujer, aunque no pudiera hacerla desaparecer.

Tenía la cabeza llena de todas las cosas que había que hacer para que nadie supiera que llevabas esa mancha. Los codos fuera de la mesa, no te se olvide, Dolly, decía. Y una persona bien educada deja algo de comida en el plato. Salía corriendo detrás de nosotros con nuestros gorros cuando salíamos fuera. ¿Es que queríamos parecer unos negros? Misa, lloviese o hiciese sol, todos los domingos; esa neblina de bolas de naftalina. «Hemos dejado sin hacer aquellas cosas que deberíamos haber hecho y hemos hecho las cosas que no deberíamos haber hecho.» La iglesia estaba llena de palabras duras, pero esas eran palabras pequeñas y sencillas unidas con argamasa para formar algo en lo que nada podía entrar o salir.

Padre se esforzaba, pero se le olvidaba. Comía con el cuchillo o decía «viandas» y a madre eso le parecía chabacano.

Es comida, William, decía. O comestibles.

Por Dios, Meg, decía él. ¿Combustibles, dices?

Él se echaba a reír, pero después alargaba la mano y le acariciaba el brazo.

Ay, soy un tipo ignorante, decía. Suerte que vuestra madre me aceptó.

El humor no era el fuerte de madre, pero entonces sonreía, y cuando lo hacía, se veía todo lo que compartían. Ellos dos, sin nadie más en la habitación.

Yo había visto a padre beber directamente del pitorro de la tetera, pero cuando madre estaba mirando, doblaba sus dedos fuertes sobre la ridícula asa de la taza de té. Sentado a la mesa usaba la cubertería de plata como a madre le gustaba, colocaba los guisantes en el tenedor, que luego alineaba con el cuchillo al terminar de comer.

Si acudíamos a él con algún asunto, decía: mejor preguntadle a madre a ver qué dice. No es que padre fuera debilucho. De ninguna manera. Pero ya había hecho su parte. Nos había conseguido la casa, las tierras y el dinero. Nos había dado una buena madre. Ahora podía relajarse. Sabía que madre se aseguraría de que sus hijos rompieran limpiamente con el pasado. Que lo dejaran atrás del mismo modo que lo había hecho él.

Padre disfrutaba de su dinero. Cuando has vivido alguna vez sin él, decía, sabes que es mejor tenerlo que no tenerlo. Lo mejor, si puedes conseguirlo. Y lo mejor significaba carne a diario. Todas las patatas que eras capaz de comer, con mantequilla fresca y dulce.

Y naranjas. No había visto una naranja en mi vida antes de tener doce años, decía, y no para comer. Eso formaba una pequeña broma privada entre yo y Mary, una de las cosas que sí compartíamos. Cada vez que Anne traía una fuente de naranjas, padre hundía su enorme dedo pulgar en una pieza y sacaba un trozo de peladura. No había visto una naranja en mi vida antes de tener doce años, decía. Y no para comer.

Yo y Mary intercambiábamos una mirada. Ella hundía las mejillas hasta poner boca de pez y yo tenía que fingir que estaba resolviendo porque el té me se había ido por el otro camino.

Madre nos echaba un rapapolvo después. Vuestro padre ha conocido tiempos difíciles, decía. Vosotras sois unas mentecatas y no sabéis ni la mitad de lo que él ha pasado.

*

En la cocina estaban la señora Devlin y Anne, la criada para todo. Una mujer venía un día a la semana a hacer la colada y un niño nativo a cortar leña. Aun así, las chicas de nuestra clase, pudientes pero no de la pequeña nobleza, aprendían todas las tareas domésticas. La señora Devlin nos enseñaba a hacer pan y a mantener la levadura activa en la botella, cosas básicas de ese tipo, y madre nos enseñaba «los puntos más refinados», como a cortar finas lonchas de panceta y a añadir la harina a la masa para

que un bizcocho quedase ligero. A Mary le gustaba trabajar en la cocina, pero yo me harté de la señora Devlin, que no paraba de hablar del señor Devlin, que había muerto, y de escuchar a madre decir que ay sí, qué dura era la vida para una pobre viuda. Yo no quería pasarme el tiempo sudando junto a los fogones para que todo acabase comido a las doce y media y no quedara nada que ver.

Aprendí a preparar una hogaza de pan y a conservar en escabeche una falda de ternera y todo eso, porque eso era lo que se suponía que una chica debía saber hacer. Pero me escabullía en cuanto podía. Tenía un lugar para mí sola, una cueva en el monte detrás de la casa. Era una subida empinada, pero no estaba lejos. Lo bastante cerca para poder volver a casa si madre me llamaba, nunca sabía que yo no estaba. Pero lo bastante lejos como para que fuera mi propio mundo. Ese país estaba lleno de salientes donde la roca blanda y amarilla estaba desgastada por debajo, pero ese recoveco era lo bastante grande para poder estar de pie y tenía mucha luz de color miel. El suelo, suave con la arena seca que se había caído del techo, nunca estaba mojado, nunca desde que había comenzado el mundo.

Allí me monté mi propia casita, como hacen los niños. Tenía una taza de té desconchada sin asa y un cazo, porque encima de la cueva había un agujero, no sabía si hecho por el hombre o la naturaleza, que se llenaba de agua dulce cuando llovía. La boca de la cueva estaba a la altura de la copa de los árboles. Podías quedarte allí sentada observando la brisa que mecía las hojas y rizaba el río más allá, una franja de color como un músculo. Cuando te sentabas en la cueva, los sonidos del monte llegaban con más nitidez. Era como una enorme oreja que escuchaba.

Mary nunca quería subir allí. Decía que no entendía por qué yo quería trepar hasta ese sitio y pincharme con espinas solo para sentarme en el suelo duro. A mí eso me venía muy bien. Los pájaros me hacían suficiente compañía. Había uno al que yo llamaba Pájaro Qué, porque tenía un chillido que parecía una pregunta. *¿Qué, qué, qué, qué?*, parecía decir y yo redondeaba la boca y contestaba: *¿qué, qué, qué, qué?*

Pensaba en volar. A veces me detenía en el borde de una roca y me lo planteaba. Pero por mucho que me hubiera gustado, y a pesar de lo joven que era, tenía el suficiente juicio como para saber que tendría que esperar a conocer otra manera de poder volar.